

XIII

Fué un sábado cuando Alfonso de Maia partió para Santa Olavia. Aquel mismo día, María Eduarda se instaló en los Olivares y Carlos, al volver de la estación de acompañar á su abuelo, dijo alegremente á Ega:

—De modo que nos quedamos á tostarnos en la *ciudad de mármol* y de basura.

—Prefiero esto—contestó Ega—que pasear entre el polvo de Cintra.

Pero el domingo, cuando Carlos fué al Ramillete por la noche, Bautista le anunció que el señor Ega acababa de partir para Cintra, llevándose unos libros y unos cepillos envueltos en un periódico. Había dejado una carta y le había dicho:

—Voy á pastar, Bautista.

La carta escrita con lápiz, decía así:

“Asaltóme de repente, amigo, un grande horror á Lisboa y una nostalgia infinita de la naturaleza. El resto de animalidad que queda en mi sér civilizado y recivilizado, necesita con toda urgencia revolverse por el césped, beber hundiendo la boca en la corriente de los arroyos y dormir en la rama de un castaño. El solícito Bautista me enviará mañana por el ómnibus la maleta que no me he traído por no

cargar el coche del *Mulato*. Sólo estaré aquí tres ó cuatro días, el tiempo necesario para conversar un rato con lo absoluto en lo alto de los *Capuchos* y ver lo que hacen los mujosotis junto á mi *Fuente de los Amores*.”

—Pedante—masculló Carlos, indignado del abandono de Ega.

Y añadió, mirando la carta:

—¡Bautista! El señor Ega dice que le mandes una caja de cigarros, *Imperiales*; envíole Flor de Cuba. ¡Ese estúpido no sabe fumar siquiera!

Después de comer, Carlos leyó el *Figaro*, abrió un volumen de Byron y acabó por salir sin rumbo fijo porque el Ramillete le aburría.

Insensiblemente, fumando, se halló en la calle de San Francisco. Maldiciendo á Ega, entró en el Gremio. Encontró á Taveira leyendo los telegramas. No había nada nuevo en la vieja Europa. El se iba á Price.

—Ven también, Carlitos. Verás una mujer que se mete en el agua con serpientes y cocodrilos. ¡Me piro por estas mujeres! Esta es arisca, trae un *chulo*, pero ya le escribí y me mira desde la charca.

Arrastró á Carlos y Chiado abajo, le hablaba de Dámaso. No le había vuelto á ver, pues andaba diciendo por todas partes, que Maia, después de lo ocurrido en el Chiado, le dió, por un amigo, explicaciones humildes y cobardes. ¡Era terrible Dámaso! ¡Tenía figura, interior y naturaleza de pelota! ¡Cuanto más fuerte le tiraban al suelo, más triunfante subía por los aires!...

—En todo caso, es una res traicionera y debes ir con cuidado con él.

Carlos se encogió de hombros, riendo.

—Créeme, hombre—decía Taveira muy serio;—conozco á Dámaso, es capaz de todo... Ayer estaba

yo cenando en Silva cuando le vi sentarse cerca de mí y empezó á decir unas cosas respecto á ti, unas amenazas...

—¡Amenazas! ¿Qué dice?

—Dice que te das aire de espadachín y de valentón, pero que has de encontrar dentro de poco la horma de tu zapato, que se está preparando un escándalo monumental y que no se extrañará de verte muy pronto con una bala en la cabeza.

—¿Una bala?

—Así lo dice. Tú te ríes; pero yo sé lo que es ese mal bicho... En tu lugar iría á Dámaso y le diría: "Dámaso mío, vive advertido de que de ahora en adelante, cada vez que me suceda algo desagradable, vengo aquí y te rompo una costilla; toma tus medidas."

Habían llegado á Price. Una multitud dominguera, alegre y curiosa, llenaba el local hasta las últimas gradas, en las que se veían algunos muchachos en mangas de camisa, con botas de vino al lado; grandes carcajadas acogían las muecas y bufonadas del payaso, que llevaba la cara embadurnada de blanco y rojo, y después de tocar los piecitos á una *voltigeuse*, se lamía los dedos, puestos los ojos en blanco, con un gesto de dulzura... Descansando en la silla de seda dorada, la chiquilla, delgaducha y seria, con flores en las trenzas del pelo, daba vueltas despacio, al paso de un caballo blanco, que tascaba el freno y era llevado de la brida por un criado. El payaso le acompañaba en sus vueltas por la pista, con ambas manos puestas sobre el corazón y dirigiéndole una súplica necia. Uno de los escuderos, que llevaba calzas listadas de oro, le empujaba contra un rollo de alfombras y el payaso caía cuán largo era entre las risotadas de las criaturas y las desarmónicas notas de la charanga. El humo de

los cigarros se elevaba incesantemente y junto con el gas producía una atmósfera irrespirable. Carlos, angustiado, volvióse para salir.

—Espera al menos hasta ver la mujer de los cocodrilos—dijo Taveira.

—¡No puedo, huele mal, me muerol

Y ya en la puerta fué detenido de repente por los brazos abiertos de Alencar. Iba acompañado de otro caballero, viejo y alto, de barbas blancas y vestido de luto. El poeta se extrañó de ver allí á su Carlos.

Le hacía en su finca de Santa Olavia. Hasta lo habían dicho los periódicos.

—No—replicó Carlos;—el abuelo es quién marchó allí... Yo no me siento aún en disposición de entregarme en brazos de la naturaleza.

Alencar sonrió. A su lado, grave, el anciano de barbas blancas, se calzaba sus guantes negros.

—Pues yo al contrario—exclamó el poeta.—¡Necesito un baño de panteísmo! ¡La bella naturaleza! ¡El prado! ¡El bosque!.. De manera que tal vez me marche á Cintra esta semana. Están allí los Cohens quienes han alquilado una casita muy hermosa.

¡Los Cohens! Carlos comprendió entonces la fuga de Ega y su "ansia de naturaleza".

—Escucha—le decía el poeta por lo bajo y apartándole á un lado—¿Tú no conoces á este amigo mío? Pues lo era bastante de tu padre y juntos se habían divertido mucho. No era ningún personaje, no era más que un alquilador de caballos... Pero tú ya sabes que en Portugal, sobre todo en aquel tiempo, había sencillez de costumbres y el rico alternaba con el pobre. Mas, qué diablo, tú lo debes conocer. Es el tío de Dámaso.

Carlos no se acordaba.

—Guimaraes, el que está en París.

—¡Ah! ¿el comunista?

—Sí, es muy republicano, hombre de ideas humanitarias, amigo de Gambetta y escribe en el *Rappel*. ¡Es un hombre interesante! Ha venido á causa de unas tierras que heredó de un hermano suyo, el otro tío de Dámaso, que murió hace unos meses... Hemos comido juntos y hablado de tu padre. ¿Quieres que te lo presente?

Carlos vaciló. Sería mejor en otra ocasión más íntima, cuando pudiesen fumar un cigarro con tranquilidad y hablar del pasado.

—¡Verás! Te ha de parecer agradable. Conoce mucho á Víctor Hugo y es un espíritu fino, muy fino.

El poeta apretaba con fuerza las manos de Carlos. El señor Guimaraes saludó quitándose ligeramente el sombrero, rodeado de gasa negra.

Durante todo el camino, hasta el Ramillete, Carlos fué pensando en su padre, en aquel pasado evocado tan extrañamente por la presencia de aquel viejo, antiguo alquilador de caballos y con quien el autor de sus días hiciera tantas bromas. Y á la par que ésta, le acudía otra idea, que ya le había atormentado en los últimos días... Carlos pensaba en su abuelo.

Habían decidido María Eduarda y él partir para Italia á fines de Octubre. Castro Gomes, en su última carta del Brasil, seca y presuntuosa, hablaba de "aparecer en Lisboa, allá para mediados de Noviembre"; y era necesario que antes estuviesen ellos lejos, en la verde Isola Bella, escondidos en su amor y por su amor separados del mundo como por los muros de un claustro. Todo esto era fácil y considerado casi legítimo por sus corazones. Pero había una espina: el abuelo.

Sí, el abuelo. El, al partir con María, iba á entrar en la felicidad absoluta; pero iba también á des-

truir de una vez y para siempre la alegría de Alfonso, la paz que disfrutaba y que le hacía tan hermosa la vejez. Hombre de otros días, austero y puro como una de esas almas fuertes que no desfallecen nunca, el abuelo en esta franca, viril, resuelta solución de un amor indomable, no vería otra cosa que libertinaje! Para él nada significaban las bodas de dos almas por encima y fuera de las preocupaciones sociales, de los requisitos civiles; y jamás comprendería la sutil ideología sentimental con que ellos, como todos los extraviados, procuraban velar su error. Para Alfonso, apenas se encontraría un hombre que se llevase la mujer de otro, la hija de otro, que dispersara una familia, que destruyera un hogar y se echara para siempre en brazos del concubinaje: todas las sutilezas de la pasión, por más finas, por más fuertes que fueran, se quebrarían como frágiles pompas de jabón, contra las tres ó cuatro ideas fundamentales de Deber, de Justicia, de Sociedad y de Familia, duras como bloques de mármol, sobre que asentará su vida casi durante un siglo... ¡Y sería para él como el horror de una fatalidad! Ya la mujer de su hijo huyó con un hombre, dejando tras sí un cadáver; su nieto huía ahora también arrebatándole la familia á otro: la historia de su casa se convertía así en una repetición de adulterios, de fugas, de dispersiones bajo el bruto acicate de la carne... Después, las esperanzas que Alfonso fundara en él, las vería truncadas, muertas en el lodol! El pasaba á ser para siempre en la imaginación angustiada del abuelo, un foragido, un inútil, que rompía para siempre las raíces que le sujetaban á su suelo, que abdicaba de toda acción que pudiera elevarlo en su país, que iría por todas partes buscando refugio, que hablaría lenguas extrañas, rodeado de una

familia equívoca, crecida en torno de él como las plantas de una ruina... Sombrío tormento, implacable y siempre presente, que amargarían los últimos años del pobre viejo! Pero ¿qué podía hacer él? Ya se lo había dicho á Ega. ¡La vida es así! No tenía el heroísmo ni la santidad que hacen fácil el sacrificio. Y después de todo, los sinsabores del abuelo, ¿de qué provenían? De preocupaciones. Su felicidad, Dios santo, tenía derechos más hondos, fundados en la naturaleza!...

Llegaba al final de Aterro. El río silencioso se sumía en la obscuridad. Por allí entraría en breve el *otro*, al volver del Brasil, ¡el otro que en sus cartas se olvidaba de enviar un beso á su hija! ¡Ah, si el buque se hundiese! ¡Si una ola providencial se lo llevara! ¡Se volvería todo tan fácil y claro! ¿De qué servía en la vida aquel hombre? Era como un saco vacío que se echase al mar! ¡Ah, si él muriese!... Y Carlos absorto, miraba una visión en que la imagen de María lo llamaba, lo esperaba, libre, serena, sonriente y vestida de luto.

Ya en su cuarto, Bautista, al ver que Carlos se tiraba en una poltrona, exhalando un suspiro de fatiga y de desconsuelo, dijo después de toser y dando más luz á un candelabro:

— Esto, ahora, sin el señor Ega, parece más solo...

— Está solo y triste — murmuró Carlos. — Es necesario desperezarnos... Ya te dije que tal vez fuésemos á viajar este invierno...

Carlos nada le había dicho.

— Quizá vayamos á Italia... ¿Te gustaría volver á Italia?

Bautista contestó:

— La otra vez no ví al Papa. Y antes de morir quisiera verlo...

— Pues ya arreglaremos eso; verás al Papa.

Bautista, después de un breve silencio, preguntó, dirigiendo antes una mirada al espejo:

— Creo que para ver al Papa se va de frac, ¿verdad?

— Sí, te recómiendo el frac... Pero lo que tú debieras tener para esos casos, es un hábito de Cristo... Ya veré el medio de que tengas un hábito de Cristo.

Bautista quedóse un instante asombrado. Después encendido por la emoción, dijo:

— Le quedo muy agradecido. Hay por ahí gente que lo tiene con menos merecimientos que yo... Dicen que hasta hay barberos...

— Tienes razón — replicó Carlos muy serio. — Es una vergüenza. Lo que he de ver si te arreglo es lo de la encomienda de la Concepción.

Todas las mañanas recorría Carlos, ahora, el polvoriento camino de los Olivares. Con objeto de librar á sus caballos del sol ardiente, iba en el viejo carruaje del *Mulato*, quien después de acomodar en la cuadra de la *Casita* á los dos animales, se iba á recorrer las tabernas durante las tres horas que Carlos tardaba en regresar al Ramillete.

De ordinario, María Eduarda, al acabar el almuerzo, al medio día, oía rodar el coche en el camino silencioso; salía entonces á la puerta y esperaba á Carlos en lo alto de la grada, á la que daba sombra una marquesina de color de rosa. En la quinta usaba siempre vestidos claros, y á veces llevaba una flor entre los cabellos á la antigua moda española; y fresco y vivo el color de su rostro por el aire del campo, deslumbraba así á Carlos cada día con un

encanto inesperado. El cerraba la puerta de entrada, que rechinaba en sus goznes y se sentía envuelto en un ambiente moral confortable y delicioso, en el que todo su sér experimentaba una dulce impresión de bienestar. Pero su primer beso era para Rosa, que corría por la calle de acacias á su encuentro, agitada la onda de sus cabellos por el viento y llevando á su lado á *Niniche*, que ladraba de alegría. Carlos levantaba á Rosa en alto, en tanto que María, desde lejos, bajo el toldo color de rosa, les sonreía, viéndoles llegar. En rededor todo era luminoso, familiar, todo respiraba calma inalterable.

Dentro de la casa resplandecía el orden más delicado. El salón principal había perdido su rigidez de museo y no exhalaba ya la tristeza de un lujo muerto que antes tuviera: las flores que María había puesto en los jarrones de porcelana, el simple roce de sus vestidos, llenaban el aposento de un suave calor de vida que se comunicaba á los graves personajes del tiempo de Carlos V, revestidos de hierro bruñido. Era allí donde ellos se quedaban conversando, hasta que llegaba la hora de dar Rosa las lecciones.

Entonces aparecía miss Sarah, seria y tímida. Había recuperado ya sus sanos y fuertes colores y, siempre con los ojos bajos, tenía un aire más virginal y delicado. Regordeta, con el pecho estallando dentro del corpiño, se mostraba satisfecha de la vida apacible de aldea que allí se disfrutaba. Pero aquellas tierras trigueñas de olivar, no le parecían campo. "Es muy seco, es muy duro esto," decía, sintiendo una indefinible nostalgia de los verdes prados de su Inglaterra y de los horizontes grises y vagos.

Al dar las dos, comenzaban en las habitaciones de arriba las largas lecciones de Rosa. Carlos y María iban entonces á refugiarse en una intimidad más libre, en el kiosco japonés, que Craft, en su amor al

Japón, construyera al pie de la calle de acacias, aprovechando la sombra y el retiro bucólico de dos viejos castaños. María se había aficionado á aquel rincón y le llamaba su *pensadoiro*. Era todo de madera, con una sola ventanilla redonda y el tejado á lo japonés, en el que rozaban las ramas de los árboles. Estaba construido con materiales tan ligeros, que á través de él, se oía en los momentos de silencio el piar de las aves. Craft lo había forrado de esteras finas de India; una mesa de mica y algunas porcelanas del Japón, constituían todo su adorno; cubría el techo una tela de seda amarilla, sujeta por las cuatro puntas, en forma de lazos, como el rico dosel de una tienda; y todo el kiosco parecía haber sido armado sólo con el fin de encerrar un diván bajo y muelle, de una languidez de serrallo capaz para todos los sueños y para todos los abandonos.

Allí entraban Carlos y María, él con un libro que escogiera á presencia de miss Sarah, ella con un bordado ó con una pieza de costura. Pero bordado y libro caían pronto al suelo y sus labios y sus pechos se unían apasionadamente. Ella se dejaba caer sobre el diván. Carlos, á su lado, recostado en una almohada, trémulo é impaciente por su forzada reserva delante de Rosa y Sarah, la estrechaba por la cintura, balbuciendo mil cosas pueriles y apasionadas, entre largos besos que los dejaban flácidos, con los ojos cerrados y en desmayada dulzura. Ella quería saber qué había hecho Carlos durante la larga, interminable noche que les tuviera separados uno del otro. Pero Carlos nada tenía que contar, sino que pensó en ella, que soñó con ella... Después reinaba el silencio: los pájaros piaban, las palomas se arrullaban por encima del ligero techo del kiosco, y *Niniche*, que los acompañaba siempre, seguía sus murmullos, sus silencios, enroscada en un rincón,

con un ojo negro brillando desconfiadamente por entre los pelos plateados.

Fuera, la quinta dormía bajo el peso del sol, sin un soplo de la brisa en aquellos días de sequedad y de calma. De la casa blanca, á través de las persianas cerradas, llegaba apenas un murmullo perezoso de las escalas que Rosa hacía en el piano. Y en el kiosco todo era silencio también, solamente interrumpido por algún dulce suspiro de satisfacción que salía del diván, de entre las almohadas de seda, ó algún beso más largo y rematado por una especie de gruñido... Era *Niniche* que se estiraba, cansada de estar allí quieta, encerrada entre las maderas recalentadas por el sol y en una atmósfera suave é impregnada de un aroma indefinido con dejos de jazmín.

Lentamente y pasando sus manos por el rostro, María se enderezaba para caer luego á los pies de Carlos, llena de infinito reconocimiento... ¡Dios mío, cuán dura era entonces la separación! ¿Por qué aquéllo? Le parecía tan poco natural, siendo como eran esposos, que ella se quedase allí toda la noche, sintiendo el deseo de tenerle á su lado y él se fuese á dormir solo al Ramillete, sin sus caricias! Y así permanecían mucho tiempo en una mudez de éxtasis en que los ojos húmedos, traspasándose continuamente el beso insaciado que muriera en sus cansados labios.

Muchas veces, María sentiría cierta inquietud. ¿Qué pensaría miss Sarah, de aquella siesta á puerta cerrada sin un rumor? Melanie, que estaba desde niña al servicio de María, era una confidente; el buen Domingo un imbécil del que no era menester hacer caso. ¿Pero miss Sarah?... María confesaba sonriendo que se sentía un poco humillada al encontrar en la mesa los cándidos ojos de la inglesa bajo

sus bandós virginales... No era probable que la miss tuviera la osadía de manifestar su desagrado, porque en tal caso con comprarle un pasaje para Inglaterra se estaba al cabo de la calle. Pero como al fin y al cabo era preciso que de algo se enterase, decidieron despedir á miss Sarah, pagándola regiamente y sustituirla en Italia, más tarde, con otra alemana que les creyera casados.

Pero poco á poco, fué creciendo en ellos el deseo de una felicidad más íntima, más completa. No les bastaba ya aquella siesta en el diván y apetecían el largo placer de una larga noche en que sus brazos pudiesen enlazarse sin encontrar la ropa del vestido y sentir cómo todo dormía en torno, los campos, la gente, la luz. ¡Era bien fácil! La sala de los tapices que comunicaba con la alcoba de María, daba al jardín por medio de una puerta vidriera; Carlos tenía una llave de la puerta y únicamente *Niniche* era la confidente fiel de sus besos.

María deseaba aquella noche tan ardientemente como él. Una tarde, al obscurecer, volviendo de un fresco paseo por los campos, probaron ambos aquella llave que Carlos quería mandar dorar; y quedó sorprendido al ver que la vieja puerta, que siempre chirriaba abominablemente, giraba ahora sobre sus goznes con un silencio oleoso.

Aquella misma noche fué Carlos á la quinta. El cielo no tenía una estrella y sobre el mar brillaba á veces la lividez de un relámpago. Andando con inútil cautela á lo largo de la pared, Carlos sentía una especie de ansiedad que vagamente le acobardaba. Abrió casi temblando la puerta y oyó que *Niniche* ladraba furiosamente. Pero de pronto todo calló y de la ventana que daba al jardín surgió viva claridad. María apareció con una bata de encaje junto á la puerta vidriera. Parecía como asustada y

no quiso recogerse en seguida. En derredor todé era obscuridad y silencio; sólo á lo lejos, perdida y mortecina, brillaba de cuando en cuando, una luz en lo alto de su mastil. María estrechándose contra Carlos dió un largo suspiro y sus ojos miraban inquietos aquella mudez negra, en que los arbustos del jardín, la quinta toda, parecían perder su aspecto real, sumidos en la sombra.

—¿Por qué no marchamos ya á Italia?—preguntó de repente cogiendo la mano de Carlos.—Así evitaríamos estos secretos, estos sustos.

—¿Sustos de qué? amor mío. Aquí estamos tan seguros como en Italia, como en China... Pero de todos modos, podemos partir cuando quieras. Dime el día, marca la fecha.

Ella no contestó, descansando la cabeza sobre el hombro de Carlos. El añadió despacio:

—En todo caso es preciso que vaya primero á Santa Olavia á ver al abuelo...

Los ojos de María perdiéronse otra vez en la obscuridad, como recibiendo de ella el presagio de un porvenir en que todo sería obscuro también é incierto...

—¡Tú tienes en Santa Olavia, tu abuelo, tus amigos... Yo no tengo nadie!

Carlos estrechóla enternecido.

—¡No tienes nadie! ¡Y me lo dices á mí! ¡Esto es lo que los ingleses llaman una "impudente alteración de un hecho," y lo que yo podría llamar una ingratitude!

Permaneció la joven estrechada contra el pecho de Carlos, como desfallecida.

—No sé por qué, quisiera morir...

Cárdena y viva claridad de un relámpago alumbró la corriente del río. María tuvo miedo, entraron en la alcoba. Reinaba allí un perfume suave y la

casta blancura de la cama ponía una nitidez de nieve fresca en aquella alcoba lujosa de color de llama. Afuera, hacia el mar, resonó un trueno lento y sordo. Pero María ya no lo oyó, pues había caído en brazos de Carlos. Nunca le deseara, nunca le adorara tanto. Sus besos ansiosos parecían querer atravesar la carne, sorberle la voluntad y el alma; y toda la noche, entre aquellos brocados radiantes, con los cabellos sueltos, divina en su desnudez, ella le apareció realmente como la diosa que siempre imaginara que le arrebatara por fin, apretado á su pecho inmortal y que con él volaba en un éxtasis de amor, muy alto, sobre nubes de oro...

Cuando salió al amanecer llovía. Encontró á *Mulato* durmiendo borracho en una taberna. Tuvo que ponerlo dentro del coche, y fué él quien guió hasta el Ramillete, envuelto en una manta del tabernero, calado, canturreando, espléndidamente feliz.

Algunos días después, paseando con María por los alrededores de la *Casita*, Carlos advirtió junto al camino una quinta desalquilada y se le ocurrió la idea de tomarla para evitarse aquellas desagradables caminatas de madrugada en el carri-coche del *Mulato* que cada noche se emborrachaba.

Alquilóla y Bautista fué al otro día con muebles para arreglar aquel nuevo nido. María le dijo casi triste:

—¿Otra casa aun?

—Esta—exclamó Carlos riendo—es la última. No, la penúltima... Aun falta otra, la nuestra, la verdadera, allá lejos, no sé dónde...

Cada noche se vieron. A las nueve y media, Carlos dejaba la *Casita* y Domingo cerraba la puerta. Carlos se entretenía en su "cabaña," es decir, en la nueva quinta, las horas que le separaban aún de

María, escribiendo á Santa Olavia y sobre todo á Ega, que se eternizaba en Cintra.

Recibió dos cartas de él, hablando casi sólo de Dámaso. Dámaso aparecía en todas partes con los Cohens; Dámaso llevaba casco y velo en Sitiaes; Dámaso era una bestia inmunda, Dámaso decía simplemente "la Raquel,; era un deber de moralidad pública dar de palos á Dámaso... Carlos se encogía de hombros hallando aquellos chismes indignos del corazón de Ega. Y ¿por quién, por aquella judía melindrosa y coqueta, que era casi una estantigua? "Si con efecto, te ha dejado á ti por Dámaso, escribió á Ega, sólo te resta hacer lo que con un cigarro que cae al suelo; no puedes recogerlo y debes dejar fumarlo en paz al gañán que lo cogió; enfurecerte con el gañán ó con el cigarro, es propio de un imbécil. Pero ordinariamente, cuando contestaba, hablaba sólo de los Olivares, de sus paseos con María, de sus conversaciones con ella, de lo mucho que le gustaba y valía... Al abuelo no sabía qué decirle; en las diez líneas que le enviaba describía el calor, recomendábale que no se fatigase, mandándole recuerdos para los huéspedes y se los daba de Manolillo, aunque no le había visto más.

Cuando no tenía que escribir se tendía en un sofá, con un libro abierto y salía á media noche envuelto en un gabán de Aveiro y con un garrote en la mano. Sus pasos resonaban solitarios en el silencio de los campos con una indefinida melancolía de secreto y de culpa.

En una de aquellas noches calurosas, Carlos se adormeció en el sofá y no se despertó hasta las dos. ¡Qué desesperación! Había perdido su noche de amor. María de fijo que le esperaba angustiada, temiendo un desastre... Cogió el cayado y se lanzó al camino. Después, al abrir despacio la puerta, pensó

que María se habría adormecido y que *Niniche* ladraría. Sus pasos se hicieron más cautelosos. De repente oyó cerca, entre los árboles, un jadear ardiente de hombre y ruido de besos. Se detuvo pasmado y su primer impetu fué echar á puntapiés aquel par de animales, enlazados sobre el césped, manchando brutalmente el poético retiro de sus amores. Una blancura de enaguas brilló en la oscuridad. Una voz sollozaba, desfallecida: *oh, yes; oh, yes...* Era la inglesa.

¡Santo Dios! ¡Era la inglesa! ¡Era miss Sarah! Apagando el ruido de sus pasos, Carlos fué á esperar en un rincón, sumido en la sombra. ¡Era preciso contar inmediatamente á María aquel gran horror! No quería que consintiese un momento más aquella impura hembra junto á Rosa, rozando la candidez de un ángel... ¡Era pavorosa tal hipocresía! Dos días antes vió que la inglesa apartaba los ojos de una *Ilustración* donde dos castos pastores se besaban en una arboleda bucólica. Y ahora surgía esparrada en la hierba.

Por el camino oscuro, junto á la puerta, brilló la luz de un cigarro. Pasó un hombre robusto y pesado con una manta al hombro. Parecía un jornalero. ¡La buena miss Sarah no se entretenía en escoger! Bien lavada y correcta, con sus bandós puritanos, aceptaba cualquiera, rudo y sucio, desde el momento que era un macho. De día aparecía virginal y cándida, ruborizándose por cualquier cosa, y de noche, en cuanto se dormía la pequeña y acababan todos sus deberes, se convertía en una cabra y se iba al jardín con cualquiera... ¡Qué hermosa novela para Ega!

Volvió; subió de nuevo la sombría calle de acacias. Pero ya no se atrevía á contar á María aquel horror. A su pesar pensaba que María también le



aguardaba y que también él penetraba allí á escondidas como el hombre de la manta... Era algo diferente, con la diferencia inconmensurable que va de lo divino á lo bestial. Y sin embargo recelaba despertar los melindrosos escrúpulos de María mostrándole paralelo á su amor que tenía por nido una alcoba de color de oro, aquel otro amor secreto é ilegítimo como el de ella, que se arrastraba brutalmente por la hierba. Era como mostrarle un reflejo de su propia culpa, un poco esfumada, pero grosera y parecida en sus contornos, lamentablemente parecida. No, no diría nada. ¿Y la niña? Oh, en sus relaciones con Rosa, la inglesa continuaría siendo, como siempre, puritana, laboriosa y ordenada.

La puerta de cristales estaba cerrada, pero había luz detrás de ella; llamó con los nudillos de los dedos. María apareció, arreglándose el pelo, medio adormecida:

—¿Por qué has venido tan tarde?

Carlos besó sus hermosos ojos casi cerrados.

—Me dormí estúpidamente leyendo. Después, cuando entré, me pareció oír pasos en el jardín y di una vuelta por él... Me había equivocado; todo estaba desierto.

—Deberíamos comprar un perro de presa —añadió desperezándose.

Sentada en el borde de la cama, con los brazos caídos, sonreía de su pereza.

—¿Tan fatigada estás, hija?... ¿Quieres que me vaya?

Estrechóle contra su seno perfumado y caliente.

—*Je veux que tu m'aimes beaucoup, beaucoup, et longtemps...*

Al otro día, Carlos, no fué á Lisboa y apareció temprano en la *Casita*. Melanie, que estaba arre-

glando el kiosco, le dijo que María un poco cansada había tomado el chocolate en la cama.

Entró en el salón, frente á la ventana abierta, sentada en el banco de madera, cosía á la sombra de los árboles.

—*Good morning* —dijo Carlos apoyándose en el alfeizar y sintiendo curiosidad por observarla.

—*Good morning, sir* —contestó con su expresión modesta y tímida.

Carlos habló del calor. Miss Sarah lo encontró intolerable; pero por fortuna la vista del río refrescaba algo.

Carlos dijo que durante la noche anterior, él apenas pudo dormir. ¿Y ella?

Oh, ella la pasó en un sueño.

Carlos quiso saber si había tenido sueños agradables.

—*Oh, yes, sir.*

Ahora el *yes* era púdico, sin gemidos, con la vista baja. ¡Y tan correcta, tan fresca, como si nunca hubiese servido!... ¡Positivamente era extraordinaria! Y Carlos, atusándose el bigote, pensaba que debía tener unos pechos muy blancos y redondos.

Así iba pasando el verano en los Olivares. A principios de Septiembre, Carlos supo por una carta de su abuelo que Craft llegaba á Lisboa y corrió á verle para saber las novedades de Santa Olavia. Craft se afeitaba ante el espejo, y Eusebio, que llegara de Cintra el día anterior, se limpiaba las uñas en silencio, vestido de negro como siempre.

Craft llegaba encantado de Santa Olavia. Lo ha-